

convenir á Rusia por sus complacencias respecto de ellos y hasta de pretexto careciera la guerra en su contra, cuando se pudiera enviar un nuevo Lafayette al frente de veinte mil hombres en una de las numerosas escuadras que dentro de nuestros puertos permanecian ociosas, cuando finalmente nuestras fuerzas intactas pudieran producir el término de la guerra marítima de resultas de un postrer golpe descargado en España! Pero ahora, despues del desastre de Moscou, la guerra de los americanos contra los ingleses no era mas que una inútil ventura!

En España habian ocurrido sucesos igualmente graves, derivados de las mismas causas, si bien no se podian calificar de ventura infructuosa, pues casi todos habian sido desgraciados. Se hace memoria de que el prudente capitán, que mandaba en la Península á los ejércitos ingleses, y permaneciendo allí sustentaba la constancia de la insurreccion española, habia reconquistado sucesivamente las importantes plazas de Ciudad Rodrigo y Badajoz, y anulado así los únicos resultados de dos sangrientas campañas. Tambien se debe recordar de qué manera habia obrado para hacernos sufrir esta doble afrenta. Mientras, mandando Napoleon desde lejos, bruscamente, con atencion fija un instante y apartada luego, hacia avanzar todos nuestros cuerpos de ejército hácia Valencia, lord Wellington, siempre bien informado por los habitantes, se aprovechó de la coyuntura para apoderarse de Ciudad Rodrigo, á vista del ejército de Portugal, muy debilitado de resultas de sus destacamentos sobre Valencia. Cuando, ya tomada Valencia, atrajo Napoleon á toda prisa hácia el

Norte de la Península á todas las fuerzas francesas para asegurar las comunicaciones con Francia y llevarse al Niemen los destacamentos que le eran necesarios, lord Wellington, siempre en acecho, trasladóse rápidamente hacia el Sur de Portugal, tomó á Badajoz á fuerza de hombres, y de este modo hizo sufrir al ejército de Andalucía una afrenta aun mas amarga que la sufrida por el ejército de Portugal con la pérdida de Ciudad Rodrigo. A continuacion de este doble descalabro partió Napoleon para Rusia, dejando á José el mando de todos los ejércitos franceses de España, y despues de quitarles los polacos, la Jóven Guardia, parte de los cuadros de dragones, y buen número de excelentes oficiales, como los generales Eblé, Montbrun y Haxo. Aun los veinte y cuatro millones de francos, prometidos por Napoleon para asalarar el año de 1811 á las tropas, no estaban satisfechos el año de 1812; y del millon mensual, señalado á José para ayudarle á crear una administracion, se debian dos millones y medio correspondientes á 1811, y seis á 1812. Por inútil instruccion, recomendó Napoleon á José que mantuviera cuidadosamente las comunicaciones con Francia, y velara á fin de que siempre estuvieran prontos á reunirse contra lord Wellington los ejércitos de Portugal y de Andalucía. Efectivamente, todo el éxito de la guerra dependia del esmero que estos dos ejércitos dedicaran á prestarse recíproca ayuda. ¿Pero como esperararlo? ¿Cómo asegurarlo? Lisongeándose habia Napoleon de que, con el mando general mas ó menos obedecido, con trescientos mil hombres de excelentes tropas, dando de sí doscientos treinta mil combatientes, si José no obraba

prodigios, al menos conseguiria mantenerse. Le bastaba con este simple resultado, sobre todo alimentando la esperanza de que en Rusia iba á poner término á todas las cosas del mundo. Aun creyendo poco en el genio militar de José, contaba con su cordura, con la grande experiencia del mariscal Jourdan, á quien hacia justicia en el fondo, sin embargo de no estimarle, y durmióse relativamente á este grave negocio, que le habia llegado á importunar de una manera imponderable. De seguro José y Jourdan, puntualmente obedecidos, ejecutarán cuanto Napoleon se prometia de sus personas, y mas todavía; pero se va á ver si las cosas estaban de manera que pudiesen obtener la mas minima obediencia. La situacion y la fuerza de los diversos ejércitos eran las siguientes.

Con cuarenta y seis mil hombres guardaba el general Dorsenne á Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y Castilla la Vieja hasta Burgos. En este número se comprendian las guarniciones de Bayona, San Sebastian, Pamplona, Bilbao, Tolosa, Vitoria, Burgos y otros pequeños puestos intermedios. No quedaban mas que veinte y cinco mil hombres de tropas activas contra Mina, que desolaba y dominaba á Navarra, contra Longa, Campillo, Porlier, Merino, que recorrian á Guipúzcoa, Vizcaya y Alava hasta Burgos, se comunicaban con los ingleses, y juntos ó separados, interceptaban los caminos de tal modo, que á menudo un despacho de Madrid á París, tardaba no menos de dos meses. Sin embargo, un gefe hábil al frente de veinte y cinco mil, y hasta de veinte mil hombres de tropas activas, pudiera, ya que no destruir á estas bandas, al menos consentirlas tan poco descanso como ellas

dejaban á las tropas francesas y aminorar mucho su importancia. Pero Dorsenne, antiguo general de la Guardia, valeroso como el que mas, idóneo á las órdenes de un buen gefe para la guerra en grande, no tenia la actividad ni la astucia que se necesitaran para correr detrás de tales enemigos, armarles emboscadas y hacerles caer en ellas, aspero y orgulloso, no sabia obedecer mas que á Napoleon. Por otra parte, provisto de sus antiguas instrucciones, que prescribian al gefe de las provincias del Norte ocuparse en su pacificacion de una manera exclusiva, á menos que los ingleses pusieran al ejército de Portugal en peligro, sabiendo que Napoleon pensaba en segregar estas provincias de la monarquía española, autorizado de resultas para administrarlas aparte, se complacia Dorsenne en la especialidad de su papel hártó de sobra para que se sometiera á la supremacia de José fácilmente. Asi, cuando éste transmitió á sus lugartenientes las órdenes de Napoleon, que le instituian general en gefe de los ejércitos franceses de España, respondió el general Dorsenne que tales órdenes no le concernian de ningun modo, pues tenia un cuidado especial á su cargo, cuya extension y cuyo objeto se le habia trazado en la capital de Francia, y que era casi inconciliable con lo que desde Madrid le pudiera ser mandado.

Ocupados se hallaban por el ejército de Portugal el resto de Castilla la Vieja, el reino de Leon y el territorio de la provincia de Salamanca hasta las márgenes del Tajo. Muy vasta era su tarea, pues debia batirse desde Astorga hasta Badajoz si la necesidad lo requeria, en una línea por lo me-

nos de cincuenta leguas. Del papel de ejército de Portugal no le quedaba mas que el nombre, pues ya ni pretensiones, abrigaba de entrar en aquel reino, y tenia por único objeto hacer cara á los ingleses, sobre todo si, trasladándose hacia el Norte, aspiraban á lanzarse á Castilla la Vieja y á cortar nuestra línea de comunicaciones, como el general Moore lo habia hecho ya antes, como lord Wellington podia aun intentarlo. Para este caso el mariscal Marmont, caudillo del ejército á que se alude, tenia encargo de oponerse con resolucion á la marcha de los ingleses. Le debia prestar el general Dorsenne ayuda, lo mismo José enviándole desde Madrid una porcion del ejército del centro, y órdenes tenia el mariscal Soult para remontarse de Andalucía á Extremadura y llevarle por el puente de Almaraz quince ó veinte mil hombres de refuerzo. Si, por el contrario, pretendia lord Wellington dirigirse hacia Madrid por el Tajo, segun ya lo habia querido cuando la batalla de Talavera, el mariscal Marmont debia cruzar el Guadarrama, descender por Avila sobre el Tajo y cubrir á Madrid. Si finalmente lord Wellington amenazaba de nuevo la Extremadura baja como ya se habia visto al tiempo del primer sitio de Badajoz y del segundo, el mariscal Marmont debia pasar por el puente de Almaraz el Tajo, y hasta aparecer delante de Badajoz, travesía inmensa de mas de cien leguas, ya ejecutada por él mismo al ir en socorro del mariscal Soult el año antecedente. Creyendo en esta última suposicion muy poco, recelando especialmente por nuestras comunicaciones en el instante en que se iba á alejar del centro de su imperio, habia trasladado Napoleon la residen-

cia ordinaria del mariscal Marmont del Tajo al Duero, de Plasencia á Salamanca, lo cual hizo que la toma de Badajoz fuera para lord Wellington fácil empresa. Fundadamente entendia Napoleon que la seguridad de nuestro establecimiento en España dependia exclusivamente del celo que los citados generales pusieran en prestarse reciproca ayuda, y asi se lo habia recomendado por extremo. No se podia dudar del celo que el mariscal Marmont emplearia en socorrer al mariscal Soult, pues ya lo habia efectuado el año anterior á pesar de las distancias. ¿Pero se podia racionalmente esperar ningun auxilio para el mariscal Marmont del mariscal Soult, que jamás quiso prestar servicio alguno al ejército de Portugal, del general Dorsenne, que, glorificándose de su papel especial, se consideraba soberano del Norte de España, del infortunado José, rey nominal de la España entera, que apenas tenia con qué guardar á Madrid y sus alrededores? No habia que lisongearse de ello, y sin embargo, el mariscal Marmont, con menos eventualidades de ser socorrido que nadie, cabalmente lo necesitaba mas que todos, siendo evidente que, ya dueño lord Wellington de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, verdaderas puertas de Portugal por España, pasaria por la primera y no por la segunda, como que ésta le llevara á Andalucía, donde nada tenia que hacer de provecho, donde además habia peligro en engolfarse, al par que la otra le encaminaba á Castilla, desde donde tomaba de revés á nuestras tropas y podia arrancarnos toda España de un solo golpe. Sin manifestar lord Wellington aquellas miras extensas, profundas, atrevidas, que constituyen el genio, habia acredi-

tado un juicio tan sano, tan entero, que no se podía dudar del camino que tomaria, y en todas sus instrucciones demostraba Napoleon haberlo adivinado perfectamente. Ahora bien, para hacer cara al ejército británico, elevado este año á cuarenta mil ingleses presentes bajo bandera, y á veinte mil portugueses ya buenos soldados, esto es, á sesenta mil combatientes, contaba el mariscal Marmont cerca de cincuenta mil hombres, de primera calidad sin duda, mandados por excelentes gefes de division, tales como los generales Bonnet, Foy, Clausel, Taupin, pero diseminados en una vasta extension de territorio. Siempre atento Napoleon á las provincias del Norte, quiso que el mariscal Marmont enviara al general Bonnet á Asturias, y que éste traspusiera las montañas para establecerse en Oviedo, lo cual arrebatava de pronto al ejército de Portugal tan buen gefe y siete mil soldados. Cuarenta y cinco mil le quedaban por consiguiénte. De ellos se necesitaban mil quinientos en Astorga, quinientos en Zamora, quinientos en Leon, mil en Valladolid, mil en Salamanca, mil quinientos repartidos en puestos menores, como Benavente, Toro, Palencia, Avila, etc.; dos mil lo menos en los caminos, lo cual reducía al mariscal Marmont á treinta y siete mil combatientes á lo sumo, suponiendo que pudiese juntar bastante pronto las divisiones que se hallaban en Valladolid á las que estaban sobre el Tajo. No bastaban para resistir á sesenta mil anglo-portugueses. De consiguiénte el mariscal Marmont envió cerca de Napoleon á su ayudante de campo el coronel Jardet, para presentarle esta cuenta de sus fuerzas, para decirle que, si se hallaba en peligro, muy

ocupado el general Dorsenne con las bandas del Norte, encontraría mil razones para no ir en su ayuda ó llegar demasiado tarde; que José no sería bastante activo, ni bastante osado para privarse á tiempo de diez mil hombres, ó de seis mil cuando menos, de los catorce mil que componían el ejército del centro; que en las distancias que le separaban del ejército de Portugal, tendría el mariscal Soult mas razones de las que necesitaba para no abandonar á Andalucía; que sucumbiría por lo tanto, y sucumbiendo, descubriría la frontera de Francia antes de ser socorrido, y que, no dándosele el mando superior de los dos ejércitos de Portugal y del Norte, no podía tomar á su cargo la difícil tarea de hacer cara á los ingleses, por lo cual pedía salir de España y hacer á los ojos del emperador la campaña de Rusia. Napoleon oyó al coronel Jardet, mostróse impresionado por lo que le expuso este oficial distinguido, le ofreció providenciar lo mas oportuno, bien que burlándose de la ambicion del mariscal Marmont al pretender un mando tan superior á sus talentos: mucho mas atento de seguida á lo que iba á hacer en persona que á lo que se le comunicaba, respondió al coronel Jardet:—Marmont se queja de las distancias, de la dificultad de las subsistencias... muchas mas distancias tendré que atravesar en Rusia, muchas mas dificultades habré de vencer para alimentar á mis soldados... Y bien, haremos lo que se pueda.—Acto continuo separóse Napoleon del coronel Jardet, prometiendo avisarle. Pero como se necesitara adoptar resoluciones muy graves, llamar á tal ó cual de sus lugartenientes, poco inclinado á trabajar en la obra comun con ardimiento, cambiar

la distribución de fuerzas, quizá evacuar territorios de importancia á fin de concentrarse, partió de París, ateniéndose á la disposición general que confería á José el mando supremo, y además lisonjeándose siempre de que en Rusia daría cabo á todo.

A pesar de sus justas aprensiones, quedó el mariscal Marmont al frente del ejército de Portugal, ocupándose con bastante solicitud en las necesidades de sus soldados, aplicándose á poner á Salamanca en estado de defensa por medio de vastos conventos transformados en ciudadelas, procurando remontar su caballería, reparar su artillería y proveerla de tiros, no negándose á reconocer la autoridad de José de ningún modo, antes bien enviándole sus estados de tropa y los partes, y aun mas de lo que José hubiera querido, pues cada uno de estos partes acababa por una demanda de socorros. Sin embargo, existía una dificultad entre el mariscal Marmont y el rey José acerca de los distritos reservados á los diversos ejércitos para la subsistencia. Aun cuando solo habia quedado una división del ejército de Portugal en el valle del Tajo, trasladándose el resto hácia el Norte, queria el mariscal Marmont extender desde Talavera hasta Alcántara sus forrages, lo cual contrariaba mucho á José, reducido á alimentar á sus empleados civiles con raciones, y necesitando por consiguiente de sus recursos todos. Salvo esta dificultad, se mantenía el mariscal Marmont con el rey José en excelentes relaciones.

Trece ó catorce mil hombres útiles mandaba el rey José en el ejército del centro, entre los cuales se hallaban muchas reliquias de antiguos cuerpos como sucede siempre en los cuarteles gene-

rales, y además dos mil hombres del mariscal Soult, reclamados por éste de continuo. Con esta fuerza, aumentada por tres mil españoles, á quienes asalariaba de su propio bolsillo, y que permanecían fieles cuando andaba puntual la paga, tenia que guardar á Madrid, á la derecha la provincia de Toledo, á la izquierda la de Guadalajara, hácia atrás necesitaba mantener sus comunicaciones con el ejército del Norte, y hácia adelante y á través de la Mancha debia conservar algunas relaciones con el ejército de Andalucía. Tambien tenia que extender uno de sus brazos hasta Cuenca, para comunicarse con el ejército de Aragon establecido en Valencia. Si dejaba de ser bien guardado uno de estos puntos, de repente quedaba separado José de una importante porción del reino, y perdía los escasos recursos con que vivia, recursos consistentes en algunos granos y forrages obtenidos en la época de la cosecha, y en los derechos de puertas de Madrid. Obligado especialmente ahora para satisfacer las apremiantes reclamaciones del mariscal Marmont, á enviar granos á la provincia de Toledo, que se los suministraba ordinariamente, de tal modo empobreció á Madrid de comestibles, que la libra de pan costaba á seis y siete reales. Así la miseria era extremada; mal modo de atraer á los españoles á la nueva dinastía.

Prematuramente invadida la Andalucía, se hallaba en manos del mariscal Soult, que tenia la mejor parte del ejército francés bajo su mando. Con efecto, disponia de cincuenta y ocho mil hombres, descontados los no combatientes, segun se ha hecho respecto de los demás cuerpos, cuyas

fuerzas acaban de ser enumeradas. Estas tropas se hallaban distribuidas como sigue: doce mil hombres delante de Cádiz para continuar el simulacro de un asedio: diez mil en Granada, para defender esta provincia: cinco mil en Arcos, para hacer patrullas entre Sevilla, Cadiz y Tarifa: quince mil en Extremadura á las órdenes del conde de Erlon, para observar al general Hill establecido en Badajoz: por último, dos ó tres mil de caballería hacia Baeza, para tener despejados los desfiladeros de Sierra-Morena. Con el resto, que ascendería á unos trece ó catorce mil hombres, ocupaba el mariscal Soult á Sevilla, y guerreaaba contra Ballesteros, quien, teniendo á su disposición la marina inglesa, ora bajaba por la derecha al condado de Niebla, ora por la izquierda hacia Tarifa.

En este país rico el mariscal Soult se bastaba á sí propio, y tenía sobrado con que mantener á sus tropas. No obstante, y aun después de las últimas providencias, por las cuales había Napoleón prescrito á los diversos generales que reservaran al rey una parte del producto de las contribuciones de guerra, nada le había el mariscal Soult enviado, afirmando que á lo sumo podía cubrir las necesidades de su ejército y los gastos del sitio de Cádiz, que en efecto había exigido numerosas creaciones de material, del todo inútiles por desgracia hasta ahora. Las comunicaciones del mariscal Soult con el estado mayor general eran nulas. Levantado había todos los puestos que le hubieran permitido comunicarse con Madrid por la Mancha, pretendiendo que al ejército del centro incumbía guardar este territorio, y cuidándose además poco de relaciones que solo podían consistir en de-

mandas importantísimas de dinero y de ayuda. Aunque el rey José había llegado á ser su general en jefe, este mariscal se fundaba al decir que nada sabía, pues ni de París ni de Madrid había recibido ningún despacho.

Semejante estado de cosas ponía de manifiesto cuán enorme falta se había cometido al trasladarse á Andalucía. De extenderse prematuramente por el Mediodía de España, todo el mundo comprendiera que se efectuara hacia Valencia, pues, además de los recursos que allí debían encontrarse, Valencia garantizaba la posesión de Aragón y de Cataluña, esto es, de la mejor parte de la frontera de Francia, proporcionaba una comunicación con Madrid del todo independiente de los ingleses, y finalmente nos aseguraba la mitad de las costas de España y especialmente las bañadas por el Mediterráneo. Pero la conquista de Andalucía, á la cual Napoleón se había dejado arrastrar casi á pesar suyo, no arrojaba ninguno de los resultados prometidos. Napoleón había creído que se tomaría á Cádiz, y que seguidamente por Badajoz se alargaría la mano al ejército de Portugal en marcha sobre Lisboa. Pero el sitio de Cádiz se reducía á ocupar algunos reductos desde los cuales no se disparaba; á fundir á grande costa morteros de grueso calibre, que de vez en cuando lograban lanzar algunas bombas á la rada, y dentro de la ciudad casi nunca; y el socorro al ejército de Portugal se había limitado durante la marcha de Massena sobre el Tajo á tomar á Badajoz para perderlo casi al punto, y después á dejar al conde de Erlon en Llerena con quince mil hombres, distando del mariscal Marmont más de cien leguas. Mas va-

lira emplear este cuerpo en el sitio de Cádiz para alcanzar siquiera uno de los fines propuestos, que dejarle en Extremadura, donde ni á salvar á Badajoz habia ayudado. Acerca de los socorros pecuniarios que se habia esperado sacar de Andalucía, una sola circunstancia basta para colegir su alcance; y es que el mariscal Soult reclamaba con instancia su parte de los veinte y cuatro millones, que Napoleon se habia decidido á enviar en metálico á España. Otra utilidad esperada de la expedicion á Andalucía, la de arrebatar su capital á la insurreccion española, apoderándose de Sevilla, se reducía á proporcionarle una en la ciudad de Cádiz, desde donde las Cortes españolas, imitando á nuestra Asamblea constituyente, proclamaban los grandes principios de 1789, la igualdad ante la ley, la libertad individual, la libertad de imprenta, la concurrencia de la nacion á su gobierno, la separacion de los poderes, etc., principios que, aun estando todavía poco preparada á oírlos proclamar la España, producian viva impresion sobre los pueblos.

Muchas veces se habia quejado Napoleon con amargura de que no se sacara otro partido de Andalucía y de los noventa mil hombres que ocupaban su territorio; pero á la distancia á que se encontraba se perdian en el vacío sus reconveniones y sus consejos, y de plano resultaba con todas sus consecuencias la falta de haberse extendido inútil é intempestivamente hácia el Mediodía.

Finalmente, quedaba el reino de Valencia y el vasto establecimiento que el mariscal Suchet habia allí formado. Ya tomada la capital de aquel antiguo reino, se debia disolver la gran reunion

de fuerzas ordenada por Napoleon hácia este punto, para restituir á cada provincia su contingente indispensable. Vuelto habia el general Reille á Aragon con catorce mil hombres, para conservar á Zaragoza, Lérida y Tortosa, para alargar la mano al ejército del Norte contra Mina, para ayudar al ejército del centro contra el infatigable Villacampa, contra Duran, contra el Empecinado, y finalmente, para socorrer en caso de necesidad al ejército de Cataluña. Bajo la autoridad superior del mariscal Suchet mandaba las tropas del Principado el general Decaen, tornado á Europa, despues de la pérdida de la Isla de Francia, con una reputacion ilesa. Allí habia veinte y siete mil hombres para guardar á Figueras, Hostalrich, Barcelona, y asomar de vez en cuando hácia Tarragona, conquista del mariscal Suchet la mas importante, pues impedia tomar tierra en el Nordeste de España á los ingleses. Sabedores estos de lo muy difícil que nos era abastecer las plazas, procuraban interceptar las comunicaciones por mar, al propio tiempo que el general Laci trataba de interceptarlas por tierra, y de esta suerte esperaban recuperar á Tarragona por medio del hambre. Si se nos escapaba de las manos esta plaza, establecido Laci con su ejército dentro de sus muros, reforzado y provisto de todo por los ingleses, vendria á ser muy peligroso contrario, amenazaría á Tortosa y al camino de Valencia, y hacia la evacuacion de esta última ciudad casi inevitable. Asi nada sobraba de la continua actividad del general Decaen, ni de la de su hábil lugarteniente el general Maurice-Mathieu, para desempeñar las diversas tareas con que estaba sobrecargado, y nada sobraba tam-

poco de la atención constante del mariscal Suchet, quien, guardando á Valencia, siempre tenia fijos los ojos á su espalda, para socorrer á los generales Reille y Decaen si la necesidad lo requeria. En las tres provincias de Cataluña, Aragon y Valencia, contaba el mariscal Suchet cincuenta y ocho mil hombres, sin incluir mas que los presentes sobre las armas. Quitando los catorce mil fiados al general Reille y los veinte y siete mil indispensables al general Decaen, le quedaban de diez y seis á diez y siete mil soldados, para vigilar el largo camino que sigue el Mediterráneo desde Tortosa hasta Valencia, para mantener un cuerpo de tropas en frente de Alicante, y para dar la mano á las de José en la misma Cuenca. Mucho seria si, despues de ocupar los puestos importantes, de cuya custodia no podia prescindirse, le quedaba una division movible de siete ú ocho mil hombres para acudir á los puntos amenazados.

Entre el número de los peligrós que tenia que temer el ejército de Aragon, bajo cuyo nombre general se designaban las tropas esparcidas en Aragon, Cataluña y Valencia, debemos contar el de la aparicion del ejército anglo-siciliano. Este se acababa de formar por lord Williams Bentinck en Sicilia. Verdadero soberano de aquella isla habia llegado á ser este lord, uno de aquellos ingleses sencillos, generosos, liberales, que de súbito se muestran interesadísimos cuando se trata de su patria. Muy contrariado por los Borbones, quienes despues de verse privados de Nápoles por los franceses, se veian anulados por los ingleses en Sicilia, y naturalmente nada omitian por sacudir el yugo de sus protectores, se deshizo del rey y la

reina, forzándoles á transmitir el poder real á un jóven príncipe, investido con la regencia á una edad en que necesitara ser reemplazado por un regente, y llamó en su auxilio á la nacion siciliana, dándole una constitucion de forma inglesa. Libre así de la córte de Palermo, no temiendo ya las tentativas de Murat desde que éste se vió obligado á marchar á Rusia, lord William pudo disponer de una division inglesa, y además de otra buena division siciliana, muy semejante al ejército portugués en la organizacion, y que prometia parecersele pronto en el denuedo. Unos doce mil hombres formaban este cuerpo de tropas, y producian un efecto superior á su fuerza numérica, pudiéndose trasladar á todas partes, merced á las escuadras inglesas. Y no terminaba aqui todo. Echando de ver los ingleses la bizarria de los soldados españoles, que les servian de poco á causa de lo mal organizados, al paso que, sin valer mas los soldados portugueses les prestaban tantos servicios, idearon hacer respecto de los unos lo que habian hecho respecto de los otros, esto es, tomar á sueldo suyo cierto número de españoles y darles oficiales ingleses. Para esta creacion se valieron de las islas Baleares, de que eran señores, y de la playa de Murcia, que les pertenecia casi de igual modo. Dos legiones españolas, que muy luego les debian proporcionar otros doce mil buenos soldados, se organizaban por el general Wittingham en las Baleares y por el general Roche en el reino de Murcia.

A estas fuerzas se daba el nombre de ejército anglo-siciliano, que, pudiendo alternativamente trasladarse al lado del general Laci en Cataluña, ó



allado del general O'Donnell en el reino de Murcia, venia á ser un peígro, no imaginario, sino efectivo, y propio á infundir gran zozobra.

Atentísimo el mariscal Suchet á las dificultades de su situacion, hizo el mas juicioso uso de los diez y seis mil hombres reservados al reino de Valencia. Habiendo situado pequeñas guarniciones ámpliamente provistas en Tortosa, en Peñíscola, en Sagunto, y conservando otra pequeña guarnicion en Valencia, que se podia duplicar en caso necesario con los depósitos de enfermos, dejó al general Harispe á la cabeza de cerca de cinco mil hombres en frente de Alicante, hácia la frontera de Murcia. Reservándose personalmente una division activa de seis á siete mil hombres, estaba pronto á correr sobre Tortosa, ó sobre Alicante, y aun sobre Cuenca, en direccion de la capital española. Muy sutil y muy poco crédulo, no se alarmaba de cualquier cosa, no exponia sus tropas á inútiles correrías, y cuando necesitaba andar veinte ó treinta leguas, no las hacia morir de necesidad ó de cansancio, pues donde quiera tenia almacenes bien provistos por su administracion acertada.

Esta administracion entraba lo menos por la mitad en sus triunfos. Al dia siguiente de la toma de Valencia, trémula esta ciudad por el recuerdo de la matanza de los franceses, temió ver entrar por sus muros á un vengador implacable; y lejos de esto, halló un vencedor apacible, reposado, recto, que se dedicaba á tranquilizar á los habitantes, y que les llamaba á intervenir en el gobierno del pais como en Zaragoza. Inspirando ya confianza por su conducta en Aragon, sucesiva-

mente atrajo al arzobispo y á los antiguos magistrados municipales de la provincia, formó una junta, acordó con ella el reparto de las contribuciones, llevó á cabo útiles reformas, y sin abrumar al pais, hizo gozar de toda la riqueza de aquel reino á sus soldados. Napoleon quiso que Valencia pagara en dinero la sangre francesa derramada el año de 1808, y exigió un rescate de cincuenta millones de francos. Excesiva parecia en medio de los desórdenes de la guerra una contribucion semejante para echada á una provincia rica, bien que poco extensa. Sin embargo, merced al sistema administrativo del mariscal Suchet, se podia esperar que se recaudara mucha parte, y de seguro el todo, si se permanecia en Valencia mas de un año. Ya habia vestido, pagado, armado hasta á su último soldado, ya habia llenado los almacenes, preparado una reserva, y hecho á José una primera remesa de tres millones, ofreciéndole mayor suma para dentro de poco. No habia otro ejército en España, cuya situacion se asemejase á la de este. Asi servian alli bien todos, y amaban á su gefe, y estaban prontos á los mas vigorosos esfuerzos.

Muy luego se conoció en Valencia la nueva autoridad conferida á José por consecuencia del buen mantenimiento de las comunicaciones, y no fué del agrado de Suchet, quien, á pesar de su dulzura, no hubiera querido que se llegara á perturbar su justo y apacible reinado. Dinero podia darle, y lo daba de buena gana, pero de sus soldados no podia distraer ni uno solo, pues las provincias fiadas á su custodia constituian el único recurso de los ejércitos franceses, si perdian sus comunicaciones con Bayona de resultas de una

desgracia acaecida en Castilla ó en Extremadura. Fundadamente se negaba, pues, á toda distraccion de sus fuerzas: á mayor abundamiento poseia un buen medio de evitarlas, por virtud de las instrucciones secretas, que, con la idea de reservarse las provincias del Ebro, le habia enviado Napoleón dos años antes y que le autorizaban para no tener respecto del estado mayor de Madrid mas que una deferencia de pura forma. Pero, moderado siempre en todo, no complicando con las dificultades de carácter las dificultades de situacion nunca, determinó salir adelante, segun ya lo habia hecho prestando á José cuantos servicios le fuera posible, y particularmente servicios en dinero, que á la sazón eran los mas apreciables y los mas apreciados, manifestar respecto de su autoridad la deferencia aparente mas completa, y no recurrir á sus instrucciones secretas sino en el caso de que se le exigiera alguna cosa perjudicial á las provincias, que tenia á su cargo conservar al imperio. Se va á ver cómo le condujo perfectamente á su objeto esta hábil conducta sin ruido y sin conflicto de autoridad.

Fuerza es decir que era muy singular mando en gefe el conferido al rey de España y al mariscal Jourdan, su mayor general. De los cinco ejércitos que ocupaban á España, el del Norte se negaba de plano á obedecerle, el de Portugal no se negaba de ningun modo, pero obedecia solamente para ser socorrido; el del centro, puesto bajo sus órdenes inmediatas, le obedecia directa y absolutamente, pero era casi nulo; el de Andalucía, el mas considerable y el menos afanado, se hallaba resuelto á no obedecerle; además, ignoraba la au-

toridad de José hasta ahora y aun podia fingir ignorarla por largo tiempo; finalmente, el de Aragón, guardando á José muchas contemplaciones, y prestándole servicios en dinero, no podia prestarle otro alguno; y sin embargo, solo en los auxilios con que se socorrieran estos diversos ejércitos unos á otros, especialmente el del Norte y el de Andalucía al ejército de Portugal, se podia cifrar la salvacion de nuestros asuntos en España. El mariscal Jourdan, que á un juicio seguro juntaba una grande experiencia de mando, y al cual para ser verdaderamente útil no le faltaba mas que juventud y afición á servir bajo un orden de cosas que le era antipático, conocia de sobra el vicio de esta situacion, y se lo hizo conocer á José, á quien presentó una memoria completa y notable. ¿Y cómo remediarlo? Despues de partir Napoleón de París, y careciendo de medios y de voluntad para ocuparse á la sazón en los asuntos de España, no quedaba otro arbitrio que el de escribir á Francia, para recibir al cabo de dos meses del duque de Feltre (Mr. Clarke), ministro laborioso, pero evasivo, una respuesta tan larga como insignificante. Con todo, el mariscal Jourdan envió al ministro de la Guerra la memoria circunstanciada de la situacion, ya presentada á José, á fin de reducir á lo justo la responsabilidad del estado mayor de Madrid, y despues dedicóse á adivinar y á hacer comprender á todos de dónde iba á venir el peligro.

Enemigo temible no habia más que uno, el ejército de los ingleses. Habiendo tomado lord Wellington en el mes de enero á Ciudad Rodrigo, á Badajoz en el de marzo, y dado durante los de abril